

ESTE PERIÓDICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIO DE LA SUSCRICION:

EN LA

HABANA

80 CENTAVOS

AL MES,

Y EN EL INTERIOR

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

EL NUM. SUELTO

SE VENDE

A 2 REALES FTES.



LA REDACCION

ESTÁ EN

'EL IRIS,'

LIBRERÍA É IMPRENTA,

CALLE DEL OBISPO

NUM. 22.

Á DONDE

PODRÁN DIRIGIRSE

LOS AVISOS

Y LAS

RECLAMACIONES.

LA ADMINISTRACION

ESTÁ EN

EL MISMO ESTABLECIMIENTO

DON JUNÍPERO.

PERIÓDICO SATÍRICO-JOCOSO CON ABUNDANCIA DE CARICATURAS,

DIRIGIDO POR

VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

ZIPI-ZAPE.

Nueva York, Enero 15 de 1864.



VA de proposicion.

¡HAY en la redaccion de *D. Junípero* una carpeta para un pobre diablo que quiere emigrar de este pais? El candidato pide muy poco: desea tener solamente casa, comida, ropa limpia, dinero para gastar y un asiento de butaca en el teatro; nada mas que sus necesidades cubiertas, sus deseos satisfechos y cum-

plidos sus antojos.

En cambio ofrece no faltar nunca á la redaccion, hacer el menos trabajo que pueda y fumar todos los cigarrillos que encuentre. Porque es condicion que los cigarrillos sean por cuenta de la redaccion, lo mismo que algun poco de fruta al medio-dia, el uso de la volanta

y cualquiera otra bagatela por el estilo.

¿No me admitirás con esas condiciones, *D. Junípero*? Mira que es ganga. Una ganga no se presenta todos los dias.

No creas que tengo mucha precision de emigrar. La idea me ha ocurrido por tres razones solamente.

La primera, porque puedo caer quinto.

La segunda, que puedo resultar casado sin comerlo ni beberlo.

La tercera, que tengo algunos ingleses. No es cosa; no pasan de diez ó doce, que me hacen una visita todos los dias y suelen dar animacion á mi cuarto, de cuarto piso. A mí no me molestan, palabra de honor. La portera ya los conoce. En llegando uno, le dice:

—Él no está en casa.

—¿Y cuándo vuelve?

—No sé.

—¿Ese hombre no come?

—Nó en la casa; él se provee en el restaurant.

A otro le dice:

—No se moleste V. Él no tiene dinero hoy.

—¿Y cuándo tendrá?

—No sé: él está aguardando el vapor.

—¿Y cuando llega el vapor?

—Oh! No sé; muy pronto. Consulte V. el periódico.

En fin, ya ves que los ingleses son mansos para mí. No me cuesta mas sino decir á la portera algunas veces, que es buena moza y que cuando se muera mi tio en Cuba, le voy á dar un buen dote.

Ella tal vez se figure que algun dia me pueda pasear.

Aquí no es difícil. Yo he visto casos peores.

El mio con la otra (razon número 2) no es flojo. Supon que vas á una casa. La muchacha tiene buenos bigotes. Tú te figuras que tambien tienes sustancia. Empiezas á enamorarla. Desde el primer dia te dice que sí. ¡Los cubanos tienen tanta miel para las niñas del Norte! Que luego sabes que la chica no tiene ni cuanto ni tanto como te dijo el que te la endosó. Su papá era rico, —pero en acciones. Tú sabes que la mejor accion se pierde. Que lo diga el general Lee.

Pues te encuentras, como yo, con muchacha rubia, hermosa y nada mas.

Te arrepientes. Ella no se arrepiente, porque todavía no se ha presentado otro y sobre todo porque está creyendo que eres rico — allá en Cuba. Tú no le dices ni palabra de los ingleses. Hay cosas que no se dicen.

D. Junípero, (ella habla) que buen mozo estás hoy! ¿Me llevarás á pasear en trineo?

—Neo, repites tú.

—Cómo neo?

—Es que..... no..... sí.....

Te trabucas; no sabes por donde salir. Lo del trineo te hace trinar, porque cuesta mas de media onza. Aquel día yo..... digo, tú no la tienes ni de carne en el estómago. Acaso has pensado en otra de plomo para balancear tus cuentas. En fin buscas una excusa.

Tú eres de un clima cálido y te hace mal el frío. Eres nervioso y te irritan las pieles. Tienes un oído irritado y te ofenden los cascabeles. El médico te ha prohibido el trineo, el teatro y toda diversion exitante como las ferias para los soldados y las fieras de Broadway.

Son bocado de rico. Así se va pasando.

Llega sin embargo el día de días.

Dies iræ dies illa

Solvat sæculum in favilla.

Este latin quiere decir que te quiero convertir en Don Pábilo á tí, D. Junípero.

—Entiendes?

—Nó, no entiendo.

—Tú eres bobo, hombre, ¿con que nó entiendes el latin?

—Sí, el latin lo entiendo.

—Pues entónces?

—No sé que tenga que hacer el latin con las mujeres.

—Ah! Tres veces inocente númen del Zipi-zape! Quiere decir que la niña te dice que ella no puede estar perdiendo tiempo.

—Aaaah!! Tú no la dejarias coser con tus visitas.

—Coser! Vaya un terno contigo y tus ideas exóticas. Si no cose. ¿Tú la has visto coser?

—No.

—Pues ni yo tampoco. En último caso, si fuera mano de coser, esta mia bien me querría coser la mano.

—No te entiendo; coserte la mano! Pues acaso.....?

—Hombre me quiere pescar, agarrar, atrapar, echar un lazo, cogermelo, casarme!

—¿Casarse contigo que vives del crédito!

—Pero, ella no lo sabe. Ni vayas á creer que el asunto no tiene espinas. No hablo del asunto de casarme, que no lo he probado todavía. Hablo del asunto de no casarme, que es el que me está probando ahora. No creas que me prueba bien. ¿Casarme! Cuando el que me hizo el endoso, me enseñó sus cartas! Casarme! cuando..... Vaya, vaya, ni loco!

Te diré: la cosa se hace aquí de esta manera. La mujer va y jura (no cuesta dinero) que tú le ofreciste matrimonio.

El juez te llama y te dice: «Casarse, dotarla, ó á la cárcel.» Nada vale que tú jures. Luego tambien la conciencia no está tan limpia como parece!

Ya ves mi segunda razon para emigrar. Ella apretadita es, pero no me sofoca todavía.

La tercera razon tiene mas bulto. Esa sí, que no me deja pegar la camisa al cuerpo. Soy ciudadano, porque quise ser «hombre libre» desde los 18 años. Me tienen en lista para la quinta. Nadie me liberta de sacar el nº premiado de la lotería. Mira si será ya tiempo de que saque esta. No hay tutia. Caigo quinto.

Ahora imagínate por un momento la figura que voy á hacer: el Preboste Marshall, me pone el fusil al hombro; la doncella de Orleans me hace llevar al tribunal con fusil y todo; los ingleses al saber que tengo sueldo me seguirán como sabuesos que olfatean chorizos que van en los bolsillos. Los muchachos de la calle me formarán la procesion. Solo faltará un jumento para que me arrastren á su reata, un gorro y un babero. Si alguna alma caritativa me echare un puñado de harina en la cara, me cubrirá la vergüenza.

Antes que llegue el trance fatal, te escribo. Dame, caro amigo, la colocacion que te pido, con las condiciones supradichas, y sacarás una ánima del purgatorio, que ya va contra las reglas camino del infierno.

La guardia del Preboste Marshall, que examina los bolsillos de los pasajeros, nada encontrará en los míos, sospechoso ni nada que no lo sea.

El baul se lo dejo á la patrona hasta que algun buen corazon me lo rescate. El pasaje lo pagaré en la Habana á cuenta de sueldos, y el pasa-porte me lo dará el cónsul como á pobre de solemnidad.

Contéstame por el próximo vapor y Dios te lo pagará.

Tu atribulado quinto por casar,

Pascual.

EPISTOLA-AMONESTACION.

A MI ESCELENTE AMIGO,

EL MARQUESITO DEL VIENTO.

¿Con que al fin estás resuelto, Mi muy querido Luís, A dejar la vida..... agreste Y pasarte á la civil?

¿Con que mis sanos consejos Nada lograron, al fin, En contra de ese capricho Que hace tiempo vive en tí,

De abandonar esos campos, Do primavera gentil Perenemente se ostenta Con alhagüello matiz?

Do viste la luz hermosa Que alumbró el primer Abril De tu existencia, velada De un risueño porvenir:

Do, en envidiable inocencia, Corrió tu edad juvenil, Arrullada por los goces De un presente el mas feliz:

Do, en fin, por colmo de dichas, Desde su erguido pensil, Coronó tus esperanzas El amor de un serafín.

Y quieres hoy, abjurando A tan plácido vivir, A la Habana trasladarte.....

¿Ahí es un grano de anís!

¿Disparate mas solemne.....!

Antes que venir aquí,

Mejor mil veces seria

Que te fueras..... á Pekin.

¿Tú en la Habana! ¿Virgen Santa!

¿Cómo tu genio pueril,

Tu fantasía exaltando

Te priva de discurrir!

¿Sabes tú lo que es la Habana,

Esa segunda Paris

Como algunos la apellidan,

No sé por que, ni á que fin?

¿De esa moderna Sidonia

Sabes tú, caro Luís,

Las costumbres y los usos

Que hay en ella que seguir?

¿Sabes sus vicios, acaso?

¿Sabes sus virtudes, dí,

Con lo demás que hay en ella

Que saber para vivir?

¿Por ventura te imaginas

Que lo mismo aquí que allí,

Donde en apacible calma

Viviste siempre feliz,

Basta una alma candorosa

Cual la que Dios puso en tí,

Para ser dichoso el hombre,

Para no ser infeliz?

¿Ay amigo! ¿Cual te engaña

Tu poético magín!

Rectifica el pensamiento

Si es que discurre así,

Y advierte por mis palabras,

Que entre estar allí ó aquí,

Hay la misma diferencia

Que del nacer al morir.

Allí, para ser dichoso

No hay nada que discurrir:

Basta y sobra la conciencia

De tu mente juvenil.

Aquí, para ser..... un nadie

Que parezca algo feliz,

Es preciso estar dotado

De la ciencia de Merlin.

Verdad que probar pudiera

Con mil razones y mil,

Si para tantas y tantas

Diera espacio un folletín.

Mas ya que tal no es posible,

Mi inolvidable Luís,

Espondré las que permita

Su limitado confin.

No creas, en primer término,
Que todo cuanto hay aquí,
Lleva de verdad el sello,
Que hay mucho que deducir:

Pues no poco de la lindo
Es lindo por su barniz;
Que la ciencia mas sabida
Es la ciencia del mentir.

Aquí, de amistad el nombre
Suele ser un maniquí
Con que labra su fortuna
La torpe codicia vil.

Aquí, el amor, muchas veces,
No es mas que un medio sutil,
Con que aspirar de la dicha
Al deslumbrante zenit.

Aquí, como donde quiera
Que ha pringado su confin
De la *ilustracion moderna*
El *malhadado barniz*,

Es fuerza, nuevos Demócritos,
De continuo sonreír,
Aunque breme dentro el pecho
De cólera un *Tolbatchik*.

El caso es que crean todos
Que eres de sobra feliz;
Que no has menester siquiera
Trabajar para vivir.

Infeliz si por tu rostro
Muestras al vulgo sutil,
De algun pesar que te agobie
El repugnante cariz.

Desdichado si conoce
Que en triste chiribitil,
Haces vida de cesante,
De esclaustrado, ó cosa así:

Que el peor de cuantos males
Pueden al hombre afligir,
En este misero valle
De pompa necia y futil,
(Mas aun en mi concepto
Que estar sin marav edí,)
Es que el vulgo se penetre
De que eres un infeliz.

No importa que, *soto voce*,
Nunca ceses de jemir,
Como al vulgo te presentes
Envuelto en oro y zafir.

No importa que en tu habitáculo
Estés hecho un javalí,
Como sonrian tus labios
Al traspasar el pretil.

Nada importa que en tu abdómen
Sea euaresma sin fin,
Como envuelto en seda y oro
Salgas siempre á relucir.

No importa que debas mucho
No teniendo ni un maí,
Como sepas darte tono
Embutido en un quitrin.

No importa pedir á préstamo,
Que no es pecado el pedir,
Como para no pagarlo
Seas bastante sutil.

Y por último, no importan
Mil otras cosas y mil,
Como sepas echar roncás
Y aparentar y lucir.

Si, amigo, sí; y no te admire:
Nada de esto importa aquí:
Lo que vale muy y mucho
Es gracia para finjir.

Habla siempre de grandezas;
No hayas miedo de mentir;
Echa miles por la boca,
Que esto nada cuesta al fin.

Haz porque te crean álguien
En el gremio mercantil,
Que el mentir en esta esfera
Suele ser muy buen ardid.

Haz porque te vean todos
En coches y tilburís,
Deslumbrando con tu lujo
Al que pase junto á tí.

No hagas falta en el Liceo
Que allí hay modo de lucir,
Ni en paseos ni tertulias,
Segun cuadre á tu majin.

No se diga de teatros.
Si hay ópera, firme allí,
Mas que te cueste un abono
La fortuna de Rotschild:

Que para esto y mas que quieras
Que te presten, mil y mil
Has de encontrar en la Habana
Como las sepas urdir.

El caso es no amilanarse;
Y hoy aquí, mañana allí,
Buscar *medios* de ir avante
Sin caer en un desliz.

Si señor; y lo contrario
Es ser un chisgaravis:
Es no entender el sistema
De nuestra vida civil.

Es esponerse al ludibrio
De tanto Cresos feliz,
Que sin pararse en los medios
Ha conseguido su fin.

Es morir en un martirio;
Es vejetar, no es vivir,
Sin esperanza de fruto
Metido en un *cuchitril*.

Quieres aun mas? No es posible
Mi muy querido Luís,
Pues dije ya con lo dicho
Cuanto habia de decir.

Ademas; me temo, amigo,
Que á mis lectores y á tí,
Con mi charla sempiterna
Al cabo os llegue á aburrir.

Paciencia, pues, por ahora
Si con esto aquí doy fin,
Y espera, que antes que vengas
Quizá te vuelva á escribir.

Entre tanto no te olvides
De que, (vóilo á repetir
Aunque me taches de zoilo,
De pesado y de..... incivil,)

«Aquí para ser..... un nadie
Que parezca algo feliz,
Preciso es que cuente el hombre
Con la ciencia de Merlin.»

La Madre Celestina.

LA CABEZA DE LA MADRE CELESTINA.

—¿Sabe V. una cosa *Don Junipero*?

—¿Qué cosa, *Esparavan*?

—Que se nos casa la *Madre Celestina*.

—Muy al contrario lo tengo yo entendido. A mí se me ha dicho que quien anda en pretensiones eres tú.

—Sr., en esta parte diré exactamente lo que el otro: «quien mas quien menos.»

—Sí, pero ya ves que quien pretende....

—No siempre se sale con la suya; porque no vale que uno ponga si hay otro que disponga.

—Ciertamente; y en este caso solemos vernos todos muchas veces.

—Pues por ahí voy yo. Pero lo que he dicho respecto á la *Madre Celestina*, ya es una cosa muy distinta.

—¿Y bien, y qué?

—Lo que le digo á V.: que se casa.

—¿Y de dónde sacaste tú esta especie?

—¿Tóma! Porque la veo por donde quiera muy compuesta y acicalada.

—Lástima fuera que sobre sus años anduviese andrajosa y sucia.

—No digo yo tanto; pero hay mucha diferencia entre una persona aseada y limpia y otra cubierta de diges y perifollos.

—Ya!

—Y la *Madre Celestina*, señor, no solo anda que parece el mulo aquel de la fábula que V. sabe, salva sea la comparacion, sino que, si bien V. lo repara, ha dado en estos últimos dias en sentarse una mano de albayalde y colorete que es un horror.

—¿Y de esto sacas en consecuencia que está próxima á casarse?

—Es que hay mas aun. Se tiñe el pelo.

—¿Qué dices, hombre? Y desde cuando?

—Hace seis ó siete dias que lo advertí.

—¿Y con qué se lo tiñe, *Esparavan*?

—Asómbrese V. Con una tintura llamada *Restaurador del pelo* inventada por Noé.

—¿Quién, el del Arca?

—No, señor, sobrino suyo.

—Vaya! ¿Y dónde se vende esa.....

—¿Qué! ¿Piensa V. teñirse el pelo?

—¿Como quieres que tal haga si no he encanecido aun? Lo pregunto para saber si es eficaz.....

—Pues, señor, sepa V. que está de venta en la plaza de Armas, barberia, casa número 5, al lado del café de los americanos; y con respeto á si es ó no eficaz, no tiene V. mas que reparar en la cabeza de la *Madre Celestina* y verá que ni por asomo es la misma de antes. V. sabe que se le estaba poniendo á pasos ajigantados como una mota de algodón, pues véala V. ahora y tal le parecerá que se han llevado una mujer y han traído otra.

—Pues, mira, voy en cuanto la vea á fijar la atencion. Haré mas aun. Si veo, que es cierto lo que dices respecto á la eficacia de la tintura, no dudaré en creer que está en visperas de casarse.

Pues entonces no lo dude V. desde ahora, porque ademas de que es muy cierto cuanto le he dicho, tengo en mi mano una prueba irrecusable de que nuestra compañera de redaccion se casa.

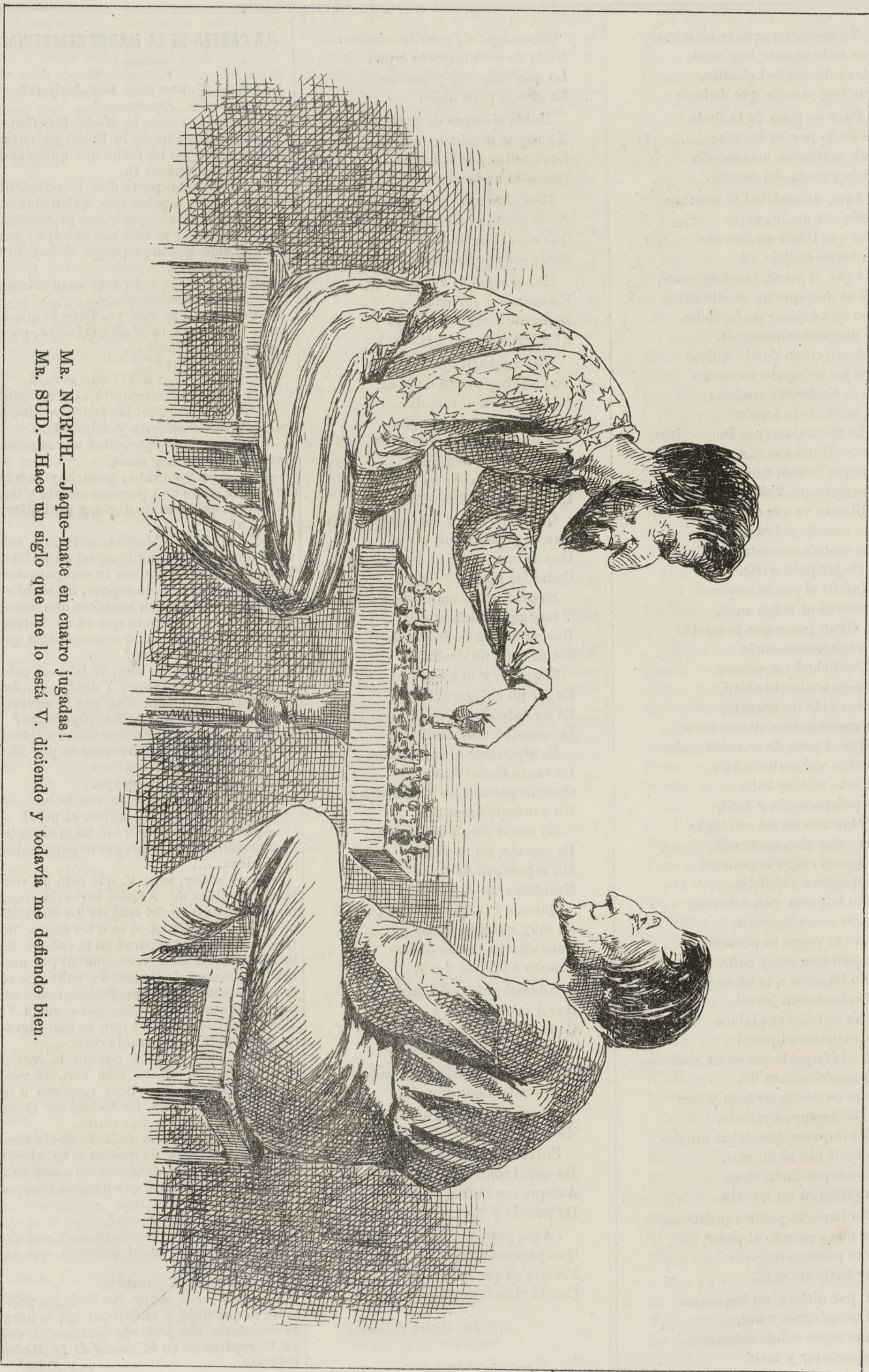
—¿Y que prueba es esa?

—¡Oh! Yo se la enseñaré á su debido tiempo. Es una epistola amorosa que no tiene mas que ver.

—¿Que dices, *Esparavan*!

Lo que V. oye, señor. No dude un punto de lo que digo, y mientras llega la hora de enseñarle ese precioso documento, vaya V. reparando en la cabeza de la *Madre Celestina*.

Esparavan.



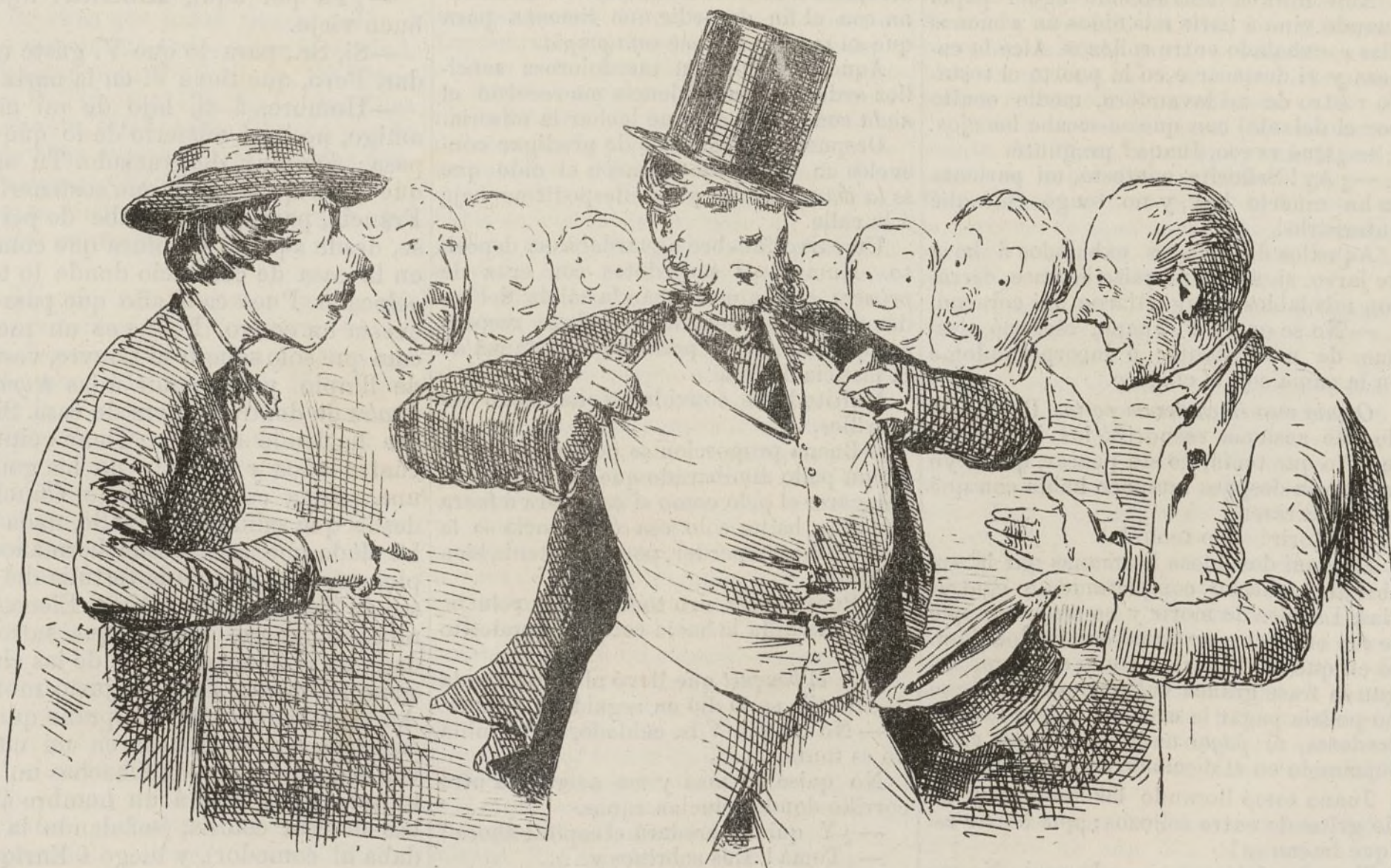
MR. NORTH.—Jaque-mate en cuatro jugadas!
MR. SUD.—Hace un siglo que me lo está V. diciendo y todavía me defiendo bien.

LA ZAFRA PASADA Y LA PRESENTE.



1863.—EL CORREDOR Y LOS HACENDADOS.

—A $4\frac{1}{2}$ azúcar número 12..... por piedad!



1864.—EL HACENDADO Y LOS CORREDORES.

—A $10\frac{1}{2}$ el número 12!

—Bah! Quien se molesta por esa porquería!

LOS DOS ENTIERROS.

I.

—¡Señorito, señorito!
—¡Hum!
—¡Señorito!
—¿Qué se te ofrece?
—Ahí está la lavandera, y dice que quiere hablar con V.
—¿Qué hora es?
—Las ocho.
—Pues dile que vuelva mas tarde.

Como el lector habrá comprendido, un criado se atrevía á despertar á un hombre que estaba durmiendo porque su lavandera quería hablarle.

Ahora bien; el que dormía era yo.

El criado estaba usufructuado por mí, y digo usufructuado, porque la propiedad era de mi patrona.

La lavandera era de mi propiedad, aunque no exclusiva.

Después de dar la última orden con ademán olímpico acurruquéme en el lecho y preparéme á dormir.

Ya lo había conseguido, cuando el criado volvió á entrar diciendo:

—Señorito, la lavandera se empeña en ver á V.

—¡Diantre! ¿No te he dicho.....

—¡Si llora como una Magdalena!

Mi furor se aplacó. El criado había encontrado la única fórmula capaz de decidirme á no dormir.

Dí, pues, orden para que entrase la lavandera, cojiendo mientras un papel que había sobre la mesa de noche, en el cual leí:

«La señorita doña Fulana de tal, ha fallecido &c. &c.»

Aun miraba entristecido aquel papel cuando vino á herir mis oídos un «buenos días» exhalado entre sollozos. Alcé la cabeza y ví destacarse en la puerta el tostado rostro de mi lavandera, medio oculto por el delantal con que se secaba los ojos.

—¿Qué es eso, Juana? pregunté.

—¡Ay! Señorito, contestó, mi pariente se ha muerto hoy, y no tengo con qué enterrarlo!

Aquellos dos dolores exhalados á boca de jarro, si se me permite la frase, cerraron mis labios y angustiaron mi corazón.

—No se opure V. Juana, exclamé después de un instante; é incorporándome en la cama cojí el chaleco.

Omnia mea in chalcum porto. Partiendo de este axioma escudriñé los bolsillos y le dí lo que tenía, no sin pensar, que si yo me moría después tampoco había con qué me enterrasen.

—¡Morir! ¡No tener!

He aquí dos ideas hermanas que la sociedad ha hecho completamente contrarias. La idea de morir y no tener con que se me enterrase me causó escalofríos. Pensé en que me llevarían como un perro, según la frase gráfica vulgar; pensé en que no podría pagar la cruz, ni pagar los sacerdotes, ni pagar nada, verbo que creía suprimido en el diccionario de la muerte.

Juana tomó llorando las monedas y salió gritando entre sollozos: ¡qué bueno es! ¡qué bueno es!

Y yo lo oí, lector, y me lo creí. No me hubiera alabado delante de nadie; pero mi alma, semejante á un periódico ministerial, se entonaba á sí misma un monólogo de alabanzas.

Después de almorzar volví á leer la pa-

peleta cuya lectura terminaba cuando entró Juana.

Una niña angelical, esperanza de su rica familia, había muerto á los 16 años.

En mis oídos resonaba aun el epíteto de bueno que me prodigara mi afligida lavandera, y queriendo justificarlo creí de mi deber ir á consolar el dolor.

Vestíme, pues, de riguroso luto, y con el alma llena de felicidad aprestéme á endulzar la desgracia.

El hombre feliz es el mejor amigo de los desgraciados.

II.

Como íntimo amigo la doncella al entrar en la casa donde la muerte habitaba aquel día me condujo á la habitación mas apartada y al entrar en ella un cuadro desgarrador se presentó á mis ojos.

Mudo el padre como una estatua de piedra no dió la menor muestra de haberme visto á pesar de haber clavado la vista en mí.

La madre, sin atender á las palabras de consuelo que le dirigian sus amigos, lloraba fija la vista en el suelo.

De cuando en cuando interrumpia su silencio para recordar desesperada las últimas palabras de la enferma, los puros goces que la muerte había venido á terminar y la soledad y abandono que la falta de su hija le inspiraba.

De pronto, dirigiéndose á su hermano, dijo:

—Quiero que no falte nada en el entierro, que la pobre tenga todo, todo..... y no pudo proseguir.

Te aseguro, lector, que al presenciar aquel dolor tan grande y aquellos últimos deseos, no pude menos de recordar la angustia que sufría mi pobre lavandera al arrojarle á la calle á las siete de la mañana con el fin de pedir una limosna para que su marido llevase *caja propia*.

Aquel *todo* que con tan dolorosa sencillez ordenaba la opulencia me recordó el *nada* con que tenía que luchar la miseria.

Después de largo rato de prodigar consuelos en vano me avisaron al oído que se la iban á llevar, y sin despedirme bajé á la calle.

Un carro fúnebre aguardaba su depósito. Numerosos sacerdotes con cruz de primera clase aguardaban la salida del cadáver para entonar los lúgubres responsos que habían de pesar en la balanza de la justicia divina.

Multitud de convidados hablaban en corrillos.

—Buena proporcion se perdió Luis, decía un pollo almibarado que no dejaba de halagarse el pelo como si estuviera ó fuera á ir á un baile; solo esa ocurrencia se la hubiera hecho perder, porque la tenía bien *trabajada*.

—Pues no era oro todo lo que relucía, porque la niña le hacia cocos al condesito de.....

—Y el bouquet que llevó al baile de la de Montijo se lo dió en seguida á Fulano.

—No tengan Vds. cuidado, que la niña no es tonta.....

No quise oír mas y me acerqué á otro corrillo donde relucían canas.

—¿Y quién heredará el capital ahora?

—¡Toma! Los sobrinos y.....

—Buena tutoría se ha perdido V. don Francisco, porque la perlesia de don Antonio no duraba un mes!

R. Rodriguez y Correa.

Finalizará.

ARMONÍA PERFECTA.

*

DECÍAME D^a Elena, Sra. de cincuenta años, enjuta y bien acondicionada, que fumaba unos tabacos de á terciá, leía con gafas y asistía todos los días á la Iglesia: ¡Ay, amigo, y qué desgraciada soy! Ha de creer V. que á mi marido le ha dado por venir todas las noches de la tertulia, donde se reúne con el pretexto de jugar al tresillo, hecho una cuba. Y no es eso lo peor, puesto que con dormir se cura, si no que se pone muy majadero y me ceta con V. y con todo el que viene á casa, y anoche por no ir mas lejos, me *arrimó* tan fuerte, que vea V.....» (señalando un pómulo denegrido). A esto siguieron unos cuantos jímoteos de D^a Elena, y mi natural indignación por la conducta de su esposo. Como soy amigo íntimo de toda la familia, resolví hablar á D. Timoteo afeándole su conducta con D^a Elena, que, sea dicho de paso, me regala siempre que voy á verla muy buenos vegueros y me deja retozar con las chicas en la azotea.

**

La oportunidad! He ahí un asunto para un artículo que siempre sería oportuno. Púseme en acecho de esa coyuntura moral que sirve de disculpa á muchos deslices, y no encontrándola para hablar á D. Timoteo, me deslicé á su alcoba. Estaba este en paños menores, ocupado en ponerse otros mojaditos en árnica en la nariz, que la tenía horriblemente hinchada.

—¿Tú por aquí, Albérica? dijo el buen viejo.

—Sí, Sr., para lo que V. guste mandar. Pero, que tiene V. en la nariz?

—Hombre, á tí, hijo de mi mejor amigo, no haré misterio de lo que me pasa: soy muy desgraciado. Tú sabes que á Periquín tengo que sostenerlo en Francia, para que no acabe de perderse, desde aquella diablura que cometió en la casa de comercio donde lo tenía colocado. Pues cada año que pasa me cuesta un congo. Felipe es un mentecato que solo sabe ir al Louvre, vestirse de limpio y perseguir á las *trigueñas ideales* de dentro y fuera de casa. Siempre haciendo sonetos. Tiene veinte y cuatro años y todavía no ha ganado una peseta con su trabajo. Chuchita, desde que salió con aquello, nada me ha dado que sentir. Sus hermanos no piensan mas que en la tertulia del teatro de Tacon. Y por último, Elena, que no contenta con todo lo que sufro, ha dado en ponerse de parte de las chicas siempre que las riño con justo motivo. Anoche llegué mas temprano que de costumbre y al entrar en mi cuarto veo salir del de las muchachas un bulito muy semejante á un hombre á través de esta celosía, (señalando la que daba al comedor), y luego á Enriqueta la menor de mis hijas. Figúrate como me pondría de furioso. Llamo á mi mujer, motejo su conducta, y ¡cataplun! me asesta con mi baston un golpe cuyas consecuencias estás viendo. Yo ví

las estrellas; caí en la cama mareado con el golpe y me quedé dormido.

Chuchita tiene segundo novio, Elisa tiene novio y Enriqueta tiene novio: el uno es buen mozo, el otro rico y el tercero simpático; pero es el caso que cada una de ellas quisiera ver en el suyo las cualidades de los otros dos; y como esto no es posible Chucha (la del rico) admira de un modo demasiado espresivo la hermosura y el carácter alegre de los novios de Elisa y Enriqueta, al extremo de andarse siempre de secretillos con ellos y recibirlos sola: las otras dos idem per idem; de manera que resulta una confusion de rivalidades, celos, chismes y arterías entre todas las partes beligerantes que es un contento presenciaria. Yo represento la diplomacia: estoy al corriente de todos esos enredos y á veces me entretengo comparando á aquellas individualidades con las naciones. Chucha me representa á la Rusia en via de rejeneracion tratando á fuer de grande de oprimir á sus hermanos, Elisa se me antoja la Francia por su espíritu arrojado y su afición á los golpes de escena, y Enriqueta, que es muy egoísta y amiga de lo positivo, á la Inglaterra.

Cada una de ellas, con el infalible encargo de la *reserva*, me cuenta las malas partidas que le han jugado las otras. ¡Qué armonía de opiniones! Si yo hablara que pelotera se armaría! pero no haya miedo de que lo haga; respeto mucho la paz de las familias. Eso no impide que haga mis deducciones por lo que se vé y lo que me cuentan. Resulta de ellas que todos tienen razón ó por lo menos que todos dicen la verdad. D. Timoteo contra D.^a Elena, D.^a Elena contra D. Timoteo, Chucha contra Elisa y Enriqueta, éstas contra Chucha y cada una de ellas contra la otra, y todas contra Periquin y Felipe que derrochan la ya escasa fortuna de Don Timoteo. En fin todos contra todos.

La Miseria que avanza á pasos agigantados tomará en breve cartas en el juego. Los amantes huirán y habrá ese motivo menos de discordia. Habrá que vender la Victoria, las chicas *coserán para la calle*, Don Timoteo dejará el tresillo y estará siempre provisto de una botella de aguardiente de caña para precaverse de los resfriados. D.^a Elena fumará tabaco *jorro* de la bodega, Periquin tomará alojamiento en Clichy y Felipe en el hotel de la Punta. Todo acorde como en una orquesta bien dirigida.

¡Felicidad conyugal, goces domésticos, anjel del hogar, dioses lares, idem penates, paz de la familia, *home, sweet home!* albergue tranquilo, amor de la familia, abrigo contra las injusticias de la sociedad: retirarse á descansar en la vida privada!! ¡Podrá decirme D. Timoteo ó cualquiera de los miembros de su familia, y cómo esta muchas, que significa toda la anterior algarabía?

Albérica.

UN CUARTO DE HORA ADELANTADO.

(TRADUCIDO PARA EL «DON JUNÍPERO.»)

—Te voy á dar un consejo, me dijo. Nunca te apures para apostar sobre un caballo malo. El haberlo pensado un cuarto de hora te hubiera salvado las veinte y cinco libras, las que ahora tomo del hijo de tu padre, con la sola idea de que te acuerdes del consejo de un amigo suyo.

Ganas me daban de ahogar á mi Mentor; pero me llevaba dos piés, y era tan nuevo para mí el oír un consejo que no fuese seguido de azotes, que no quise dar lugar á que desapareciese el encanto.

Triste y cabizbajo volví yo al colegio, cuando alcancé á Jack. Silvaba. Este fenómeno excitó mi curiosidad. Resultó que había ganado veinte y cinco libras, y lo extraño era, los mismos cinco billetes que habían servido para las máximas de mi respetable consejero.

—Cuando me encontrásteis, díjome Jack, solo tenía cinco chelines, que me había propuesto apostarlos sobre el mismo caballo que tú lo hicieras. Pero el calor y el polvo me dieron sueño; y desperté á tiempo para ver la última corrida. Un hombre que andaba por allí haciendo apuestas, tomó mis cinco chelines entre los demás, y la semilla produjo la cosecha que véis.

Pero Jack, apesar de todo, era un buen muchacho. Le conté la historia de mis apuestas y de mi inquietud sobre la deuda del pedagogo. Ofreció devolverme el dinero, pero yo insistí en tomarlo como un préstamo; y lo considero como uno de los pecados veniales cometidos durante mi vida, que las veinte y cinco libras no fueron devueltas sino despues de transcurrida una media docena de años.

Pero la holgazaneria de aquella mañana decidió mi suerte. La carta que contenía la historia de la corrida de caballos, fué contestada por una orden para mi retorno á casa. ¡Qué placer para mí! Pero que engañosa es la vida humana? Aun no había concluido de arreglar mi pequeña maleta, cuando la noticia de la muerte de mi padre echó por tierra todos mis planes.

Mi padre amaba la caza y el juego, pero era desgraciado en ámbos. Por medio de lo último, y la ayuda, por supuesto, de un viejo é íntimo amigo, allanó sus haciendas. Ni un árbol, ni una mata quedó de pié, y los terrenos siguieron rápidamente el mismo camino que los productos. Por medio de una yegua, por la cual había «prometido pagar», dentro de una semana, doscientas cincuenta libras esterlinas, rompióse el pescuezo, y murió lamentado por las señoras, los jugadores, los judíos y las compañías de seguros sobre la vida.

Yo amaba á mi padre, pues era un hombre hecho á mi corazón—de buen genio, amigo de vestirse, y muy echado á perder. Pero el poco amor que le profesaba á mi madre me era devuelto con un cincuenta por ciento de descuento.

Determiné seguir la carrera militar: y al efecto escribí una carta á mi madre, en la que le suplicaba me diera su consentimiento. Fué acordado á vuelta de correo. Vine á la ciudad, y solicité el honor de una última entrevista. Me fué concedida, y las doce y media la hora señalada.

Aunque era yo un muchacho, ligero de cascos y algo descuidado, pero no un

bruto, tenía un corazón que palpitaba dentro mi pecho, pero nunca lo había hecho tan violentamente, como cuando salí de mi casa para visitar á la madre que hacia algunos años no había visto, y á quien, era muy probable, no volvería á ver mas. Se acercaba la hora y estaba yo impaciente; ni parado ni sentado estaba yo bien; al fin salí, y me encontré delante la puerta de su hermosa casa.

Sonaron las doce en el campanario de una iglesia vecina. Mi sangre tan pronto hirviendo como helada, empezó á hacerme creer que verdaderamente amaba á mi madre y que esta era la primera noticia que tenía de ello. Repasaba la puerta por la vigésima vez, cuando un lacayo, vestido de riguroso luto, la abrió de par en par, para pavonearse luciendo su persona á los que pasaban por allí.

De un salto salvé el umbral, y con gran asombro de José, entré en la sala. Estaba desierta. Oí voces en el que seguía: abrí la puerta de comunicacion, y ví á mi madre, con todos los adornos de la viudez, sentada delante de una mesita de bordar, y junto á ella un jóven, como de mi edad, rubio y de bigotes, que con su brazo derecho la tenía asida por la cintura.

Los dos se levantaron al verme. El caballero tomó la cosa con mucha calma, se puso á pasear por la sala, regalando al mismo tiempo sus narices con el perfume de un ramo de violetas. Pero la señora estaba enojada: procuré disculparme por mi extemporánea aparicion enseñándole su esquelita, la que leyó, y volviéndose á mí me dijo:

—Señorito, veo que V. no ha cambiado en nada, siempre desobediente.

—Pero.....

—Ninguna disculpa acepto; le señalé las doce y media para recibir su despedida..... y abriendo su reloj, una miniatura enrustada de perlas y brillantes, me hizo ver que me había anticipado de unos quince minutos la hora señalada.

¡Fatales quince minutos! Me costaron veinte mil libras esterlinas y una mamá; pues que antes de concluirse el mes se había casado con el jóven de bigotes; y la herencia de aquel muchacho acariciado, mi hermano, que á su muerte me caían á mí, ella se lo regaló á su marido.

Mi intempestiva entrada fué el golpe decisivo. Mi madre había sido, y aun lo era, una beldad. Le gustaba que la admirasen, pero el amor que siempre había tenido al dinero, no había disminuido en lo mas mínimo; y su idea hubiera sido el coquetear mucho pero casarse nunca; ó á lo peor, solo cuando no podría coquetear mas. Pero mi desdichada aparicion frustró sus planes. Un jóven visto en la posición de un amante declarado, era el designado á ser su esposo, sino atraería sobre sí las ociosas lenguas de este mundo. Un cuarto de hora mas tarde, hubiera yo visto á ese Adonis despedido á arreglarse la corbata en su solitario cuarto y á meditar sobre sus infructuosas visitas. Pero como presencié los amorios, me honraron con la distincion de presenciar el casamiento.

A los diez días la graciosa novia salía de Lóndres en una silla de posta en camino para los famosos lagos de Kilarney, con el jóven de bigotes por su *compagnon de voyage*.

Continuará.

UN CONFLICTO.

No puedo resistir el deseo de comunicar á los lectores el siguiente fragmento de una carta en que se dá cuenta de la profunda aflicción que reina en uno de los pueblos mas simpáticos de esta isla, así como de las causas de ella, que por lo insólitas merecen toda la atención de *Don Junipero*, quien á fuer de fumador inteligente y apasionado, podrá mejor que nadie apreciar en todo su valor las dichas causas.

Ahí va la carta en la cual—por razones particulares—suprimimos el nombre de la población:

«..... á 28 de Enero de 1864-

«Este pueblo se halla en la mayor consternación y no á humo de paja, aunque de humo se trata. Figúrese V. que aquí no tenemos mas que una fábrica de tabacos y todos fumamos de ella: mal que bien íbamos pasando con la calidad del tabaco que nos daba y que, previo convenio, el fabricante nos hacía escoger cada cuatro años. Ruin, muy ruin tabaco era el que veníamos consumiendo hace tiempo, pero nos alimentaba la esperanza de que pronto tendríamos nueva elección y escojeríamos de entre las muestras que nos presentaran, uno á nuestro gusto, pues ese era el trato que teníamos con el proveedor general.

«Juzgue V. cual habrá sido nuestro dolor y nuestra indignación al ver que se nos remiten para que elijamos, cuatro clases de tabacos. ¡Y qué clases de tabacos! querido. Infumables es poco decir. Con decirle á Vd. que el que estábamos mascando—pues en vista de que no ardía nos contentábamos con mascararlo—que el abominable de la temporada que ahora termina era el mejor de todos, podrá V. formar idea de la condición de los otros tres.

«En el acto nos pronunciamos todos y exclamamos á una:

«—Antes no fumaré que decidirme por ninguno de estos.

«Y exigimos por escrito que se nos remitieran otras muestras, que bastante había en la fábrica, en donde escojer. Sabe V. lo que nos decía el herege de nuestro proveedor en una circular con que acompañaba las cuatro muestras? Que tendríamos que escojer entre las que nos enviaba porque, los estatutos de la sociedad fijaban que el tabaco debía ser torcido de seis meses; que las demás clases que tenía eran recién torcidas y que además aquellas eran, como rezaba el contrato de la vitola llamada *de comerciantes* y de las de mas crédito en la plaza.

«—Pero que crédito ni que calabaza? —dijimos—si esto es *mabinga*.

«—Pues fumarán Vds. *mabinga*!

«Y á todo trance quiere el energúmeno que elijamos. Y sabe V. porqué? Porque siendo tan malos los nuevos tabacos cuenta por seguro que nuestra elección no podrá menos de recaer en el que hemos estado consumiendo.

«Esta es una forzosa inicua que se nos quiere hacer y nosotros queremos á nuestra vez reunirnos en *junta* y reformar el contrato estipulado en vista de que es vicioso y perjudicial á nuestros intereses y á nuestra salud, y estipular que entre en elección tabaco de todas clases y vitolas. Estamos resueltos á aplazar la elección, pues antes que dejarnos imponer la ley y

vernó obligados á seguir con el detestable tabaco *jorro* y picado del anterior cuatri-enio, preferimos no fumar.

«Daré á V. cuenta del resultado de nuestra resolución que es firme, pues estamos cansados de sufrir en el *banco* de la paciencia. Entre tanto remito á V. una muestra del *jorro* consabido para que V. juzgue de lo que se nos quiere imponer á la trágala á esta comunidad de fumadores De V. &c.»

F. GROÍ BEZTICOERRATACANOTEA.

En efecto el tabaco no tiene igual y de puro detestable merece un superlativo, aunque sea el de excelentísimamente malo.

Cristóbal.

JUNIPERADAS.

Conozco un individuo cuyo sueño dorado fué siempre colgarse en un ojal del frac una condecoración cualquiera que fuese.

Pero parece que el diablo lo hace! Las órdenes militares y civiles huían de él, la cinta deseada no se lograba nunca.

Por fin se decidió á visitar no sé que Estado, donde las distinciones y las órdenes de caballería tienen tarifa. No se oyó hablar de él en mucho tiempo, hasta que la pasada semana un amigo suyo que venía de Europa se presentó en una casa conocida nuestra.

—Y fulano? Le preguntamos.

—Fulano...? Lo he vito en ***. Fué á ver si conseguía cruzarse.

—Y le han concedido alguna orden?

—Sí, la orden de salir en el término de veinte y cuatro horas.

Una hermosa dama, que pertenece á la buena sociedad y que ha leído á Balzac, casada hace poco tiempo, se escandalizaba días pasados ante la cuenta que le presentaba ¿quién dirán Vds...? el albeitar en persona.

—Pero, si no puede ser! Decía muy apurada; hemos estado dos meses en el campo y en ese intervalo no hemos podido gastar tanta herradura; mire V., mire V. el papel que me ha entregado mamá al volver á la Habana:

«tres herraduras para mi yerno Juanito.»

—Mi sargento, decía un quinto, V. que sabe tanto de cosas de milicia. ¿no me podría V. explicar como se hace un cañón de fusil?

—Es muy sencillo, replicó el sargenta; se toma un agujero redondo y largo y se forra de hierro.

El quinto quedó convencido.

El leñador que encontró un roble tremendo contra el cual se le rompió el hacha sin derribarlo, exclamó lleno de ira: Malditos sean los puercos que no te comieron cuando eras arbusto, para que ahora me estés dando tanta guerra.

Mamá regañó á Juanito porque dijo una mala palabra y le obligó á pedir perdón á Dios por haberla dicho. Juanito se puso de rodillas y dijo: Dios mío, perdóname por haber dicho eso, pero hazme crecer bien pronto para poder decir malas palabras como mi papá, sin que nadie me riña.

Contaba un predicador de misa y olla, que Daniel había bajado á la cueva de los leones y que aun cuando había estado toda la noche viendo las fieras, no le habían cobrado nada por la exhibición.

Talleyrand, se paseaba con un poeta que le recitaba sus propios versos, cuando á pocos pasos vió á un hombre bostezando. «Mas bajo, dijo al poeta, para que aquel hombre no oiga.»

Don Narciso llevó á la mayorcita de sus niñas para ver á los tres gemelos con que su mujer acababa de aumentar la familia, y la niña le dijo despues de contemplarlos: Muy bonitos, papá. ¿Con cuál de los tres te vas tú á quedar?

Nihil deseperando. El mismo papá regañon que se opone al matrimonio de su hija con su dependiente, lleva dentro del sombrero las cartas que ella le escribe y él le contesta.

Se nos asegura que en la semana próxima tendrá lugar una función en el Gran Teatro á beneficio del simpático Mouton Loyal.

Este espectáculo será combinado por el célebre actor D. Joaquin Ruiz, y tomarán parte en él los principales acróbatas del Circo de Chiarini.

La función tendrá suficientes atractivos para llenar el teatro y con su producto quedará asegurado el porvenir del huérfano.

EPITAFIO

DE LA TUMBA DE UNA MUJER VIRTUOSA.

Amor, entre suspiros de ternura,
Su pecho interesó cuando doncella;
Mas tarde, apasionada como bella,
Su profundo querer rayó en locura.

No la igualó en cariño otra criatura,
Que la infeliz nació con tal estrella:
Por eso su pasión, ruda centella,
Cavó en tan tierna edad su sepultura.

El alma que en la suya se embebía
En ella de bondad halló un modelo,
De anjélica virtud plácida guía:

Y no muere al rigor de tanto duelo,
Que con placer alienta todavía
La fé que ella le manda desde el cielo.

Esparavan.

HABANA: LIBRERÍA É IMPRENTA «EL IRIS», OBISPO 22.